

AGENDA CIUDADANA

UNA DERECHA PARTICULARMENTE PELIGROSA

Lorenzo Meyer

Definición.- Se ha señalado que la izquierda está avanzando en América Latina (Chile, Brasil, Argentina, Uruguay), pero hoy y desde México lo que se advierte es algo distinto: quien por ahora lleva la iniciativa, quien acomete tanto desde el interior como el exterior, es la derecha. Para una sociedad como la mexicana, que vive al lado y es cada vez más dependiente de Estados Unidos, la influencia política más directa y fuerte proviene del norte, de ahí que sea nuestra obligación explorar la naturaleza de esa gran influencia norteamericana en todos los órdenes, incluyendo, desde luego, el ideológico.

El asiento geopolítico de la derecha con proyección universal está en Washington, el resto de las derechas, en particular las europeas y, desde luego la mexicana, marchan más o menos al paso que marca el gran tambor de la Casa Blanca. El fenómeno no es nuevo –data de la Guerra Fría–, pero hoy es mucho más contundente. El grupo de especialistas en defensa y política exterior que rodea al presidente George W. Bush, y al que pertenecen quienes hoy encabezan el Pentágono, el Departamento de Estado, la Consejería de Seguridad Nacional y, muy pronto, el Banco Mundial, está formado por personajes abiertamente identificados no sólo con el pensamiento conservador sino con la derecha dura y militante. A ese núcleo férreo de responsables políticos, les aportan ideas un grupo más amplio de teóricos e intelectuales muy sofisticados, como George Will, William Kristol, William Safire o Robert Novak, entre otros.

Sin embargo, esa derecha norteamericana cosmopolita que hoy encabeza la guerra global contra el terrorismo y por la remodelación del Medio Oriente y del orden mundial, tiene una base social y electoral que, en términos intelectuales, es su antítesis. En efecto, la

llamada “Derecha Cristiana”, es decir, los fundamentalistas evangélicos y los católicos conservadores, son millones de ciudadanos pertenecientes a las clases medias y trabajadoras, que votaron por el Partido Republicano y cuya visión del mundo es francamente reaccionaria, sorprendentemente provinciana, estrecha, antimoderna y muy agresiva. La “gran visión” de lo que se puede llamar la derecha popular norteamericana, difícilmente podría ser tomada en serio a no ser por el hecho de que sus actitudes sostienen a aquellos que disponen del arsenal más poderoso del mundo.

El que la visión política interna e internacional de la única superpotencia mundial, esté ligada a una base electoral intelectualmente muy pobre y parroquial pero muy militante y con una convicción muy fuerte, es hoy un problema no sólo para Estados Unidos sino sobre todo para aquellos que estamos sujetos a la influencia de la superpotencia y que, en mayor o menor medida, hoy somos el resto de la humanidad.

El fenómeno de una élite política con calificaciones intelectuales relativamente altas pero cuyo apoyo político está asentado en grupos intelectual y socialmente atrasados, no es privativo de Estados Unidos ni de esta época. En el México de mediados del siglo XIX, por ejemplo, la derecha y la izquierda –conservadores y liberales-- tenían entre sus líderes a personajes tan bien preparados y conocedores de lo que ocurría en el ancho mundo como Lucas Alamán o José María Luis Mora. Pero el grueso de quienes les apoyaban o en quienes se apoyaban, simplemente tenían poco o nada que hacer en el campo de las grandes ideas políticas de la época. Lo preocupante del caso norteamericano actual es que sus líderes tienen poderes y responsabilidades enormes y mundiales, pero los límites que el sistema democrático puede imponer a su ejercicio de poder son mucho menores de lo que sería deseable, justamente porque un grupo decisivo de los electores tienen una idea poco sofisticada del mundo que les rodea. Las ideas religiosas que guían sus juicios sobre el bien

y el mal en un ambiente tan nacionalista como el que domina en Estados Unidos a partir del 11 de septiembre del 2001, fácilmente puede llevar a la formulación de propuestas que de tan simples y radicales, pueden desembocar en acciones contrarias al interés general de la comunidad internacional.

La Derecha en General.- Pero antes de seguir adelante, ¿qué es exactamente lo que se entiende por derecha? En cada época y país, las dos grandes corrientes políticas a las que identificamos con la derecha y la izquierda se definen, en buena medida, una en función de la otra, pero cada una tiene ciertos elementos distintivos que le pertenecen de origen. Al final del siglo XVIII, cuando se acuñaron en Francia los dos conceptos en cuestión, el ser de derecha significaba tomar partido por la aristocracia, los terratenientes, la Iglesia Católica y el conjunto de los intereses creados, es decir, por la minoría privilegiada. Esa característica original se mantiene. Si para Raymond Aron, el famoso sociólogo francés identificado con el pensamiento conservador, los rasgos fundamentales de la izquierda eran: el énfasis en la libertad individual, el papel central de la organización política (necesaria para enfrentar a la derecha y cambiar el régimen) y la lucha contra los privilegios del nacimiento y de la riqueza (The Opium of the Intellectuals, Md., University Press of America, 1985, p. 32), entonces, la derecha se distinguiría por lo opuesto. En contrapunto, lo opuesto giraría en torno a la libertad como limitación del poder y de la acción del Estado en favor de la lógica del mercado, organizaciones basadas menos en las instituciones políticas y más en las “comunidades naturales” --la familia y la corporación-- y finalmente y, en cualquier caso, una igualdad que tiene como límite infranqueable el no extenderse al campo de lo social, pues la desigualdad entre los hombres es natural e incluso deseable como motor de la libre empresa y del capitalismo. En otras palabras, la libertad tendría como frontera el respeto a la desigualdad económica, a la propiedad privada.

Desde la perspectiva de la derecha, la desigualdad es inherente a la sociedad, por ello el gran reto de la política es mantenerla sin que las contradicciones desemboquen en choques de clase. De ahí el gran valor que el pensamiento conservador da, entre otras cosas, a la tradición y a la religión, como fuentes legitimadoras de las discrepancias, la autoridad y la conformidad. Y es justamente el factor religioso el que está dando su peculiaridad a esta etapa de ascenso y afianzamiento conservador.

La Derecha Norteamericana de Hoy.- En un pequeño artículo que acaba de publicar en *The New York Review of Books*, (24 de marzo, 2005), Bill Moyers —un connotado comentarista liberal de la televisión pública de Estados Unidos, colaborador de los gobiernos de John Kennedy y Lyndon Johnson— explora algunos de los casi increíbles y muy peligrosos elementos de la derecha cristiana de Estados Unidos, una fuerza política creciente. Desde luego que el autor no asegura que el presidente Bush mismo acepte una visión tan estrambótica del mundo como la que a continuación se describe, pero tampoco tiene bases para negarlo de manera categórica.

El punto de partida de Moyers es que en Estados Unidos se está experimentado un maridaje de la teología con la ideología que, si se consolida y se lleva a sus últimas consecuencias, simplemente “hará imposible que una democracia logre soluciones realistas para problema que, de otra manera, resultarán imposibles de confrontar”.

La ideología a la que se refiere es la propia del Partido Republicano, pero la teología es realmente peculiar. Esta última parte de una noción cada vez más extendida entre los grupos evangélicos y católicos conservadores: que la Biblia debe de leerse y aceptarse en su sentido literal. El siglo XIX norteamericano fue testigo de la emergencia de predicadores que cocinaron una peculiar y catastrófica interpretación de la Biblia centrada en la idea de un fin del mundo bastante próximo. Y esta interpretación está actualmente en el centro de

la prédica de una iglesia popular que cuenta, para difundir su mensaje, entre otros medios, con 1,600 estaciones de radio y 250 estaciones de televisión. Para quienes aseguran la proximidad de la gran catástrofe final --que bien pueden llegar a comprender al 44% de los estadounidenses (dato tomado de Walter Russell Mead, en Foreign Affairs en Español, octubre-diciembre, 2003, p. 215)--, el porvenir está definido por un sólo término: “*Rapture*” (El Arrebatado). Y esta idea es, entre otras cosas, tema de una serie de 12 novelas de Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins, “*Left Behind*” (Los Dejados Atrás) que se está vendiendo a pasto (más de 50 millones) en los Wal-Mart del país vecino y cuya traducción al español ya está en circulación.

Pero volvamos al punto central: ¿qué es “El Arrebatado”? , pues es una interpretación catastrófica de la Biblia, en particular del Apocalipsis. Se supone que una vez que Israel terminé de ocupar las llamadas “tierras bíblicas”, será atacado por legiones de anticristos, lo que finalmente llevará a la gran batalla en el valle de Armagedón. En ese momento tendrá lugar el retorno del Mesías como un “Arrebatado”. Los verdaderos creyentes --entre los que se encuentran aproximadamente la mitad de la población norteamericana-- serán arrebatados de las manos de la muerte y transportados directamente hasta la diestra de Dios Padre. Desde ese lugar verán como ocurre el fin del mundo entre guerras y plagas. El planeta y todos los no creyentes --pecadores irredentos-- perecerán en una gran catástrofe mientras que los justos de ayer y de hoy, heredarán la salvación y la vida eterna. Ahora bien, el tiempo es hoy importante, pues esta gran catástrofe puede ocurrir ya en cualquier momento, en todo caso en un plazo no mayor de 40 años. Estamos viviendo, pues, y desde la perspectiva descrita, el principio del fin del mundo.

Algunas Consecuencias Preocupantes (Terroríficas).- Esta concepción del proceso histórico de la naturaleza lleva a un buen número de consecuencias. Moyers se detiene en

las de carácter ecológico, pero obviamente hay muchas más y más importantes. La ecológica desemboca en que simplemente ya no tiene sentido cuidar el medio ambiente porque en muy poco tiempo todo será nada, lo que facilita enormemente las decisiones de la actual administración norteamericana de permitir a las empresas petroleras perforar en zonas hasta hoy protegidas (en Alaska, por ejemplo) y mandar al diablo el acuerdo de Kyoto para evitar la emisión de gases y el calentamiento terrestre. El conflicto con los militantes islámicos –y con el Islam en general, a la que algunos teólogos califican como “religión diabólica”— y la invasión de Irak, simplemente confirman que el gran conflicto se acerca. Y como el choque que se espera es final y total, la política ya no tiene cabida, pues de antemano se sabe que no hay posibilidad de una solución. Desde esta perspectiva, entre más mal se pongan las cosas, mejor, pues el objetivo es el choque definitivo entre el bien y el mal. Dadas esas premisas, el apoyo de esta “religiosidad popular” para la actitud dura asumida por la administración de Bush en el Medio Oriente, es casi incondicional.

En el plano interno, el creyente en este tipo de teología ya no tiene incentivos, como en otras épocas, para poner en duda el status quo y menos cuestionar cosas tan menores como la política fiscal de derecha que hoy domina en Estados Unidos y que lleva a un aumento de la desigualdad y a la concentración del ingreso en pocas manos. El centro de preocupación, el tema urgente, casi único, es la salvación individual. Así las cosas, para este tipo de votante Republicano, todo es aceptable en tanto el mando en Washington se mantenga lejos de las manos de personajes tan alejados de la “verdadera religión” como fue el caso de William Clinton o pudo haber sido el caso de John Kerry, el candidato demócrata derrotado por George W. Bush, que finalmente nunca dio respuestas claras y contundentes para los grandes problemas del mundo.

Moyers, y con el muchos de nosotros, no podemos menos que lamentar el gran peso político que hoy tiene en la gran potencia imperial del norte, un grupo religioso y político que muestra “un desdén ideológico por la evidencia y una desconfianza teológica por la ciencia” y que termina por favorecer a los intereses más conservadores de Estados Unidos y del mundo.